

LA NUNCIATURA DE PARÍS Y EL PATRIARCADO DE VENECIA

Durante siglos han existido nunciaturas de primera y de segunda e, incluso, de tercera. El paso de una a otra constituye lo que se denomina carrera diplomática en el más clásico sentido del término. Se van calentando motores y madurando la experiencia en países poco importantes y, unos pocos, pueden acabar su carrera «in belleza», es decir, en Lisboa, Madrid, Viena o París, para terminar logrando el capelo cardenalicio, al menos en otras épocas, cuando estaba vigente el «cursus honorum» en su sentido más pleno. Porque una de las características de estos puestos «de primera» consistía en que la púrpura aguardaba invariablemente al final del camino.

Roncalli no había realizado hasta el momento en que comienza esta historia una carrera muy brillante. Bulgaria y Turquía no eran países católicos ni importantes tanto en el ámbito político como en el eclesiástico, ni el trabajo desarrollado en estas sedes parecía especialmente apasionante, aunque, una vez más, el diario del nuncio nos ilustra sobre su buen espíritu y sobre su talante profundamente religioso y evangelizador más allá del brillo de las sedes. Parecía no esperar nada porque era consciente de que estaba cumpliendo su misión allí donde se encontraba.

El 6 de diciembre de 1944, cuando cuenta sesenta y tres años y parece que su carrera diplomática se encuentra

estancada, recibe en Estambul un inesperado telegrama anunciándole el nombramiento como nuncio en París. A primera vista, se trataba de una promoción sorprendente dada su trayectoria y, sobre todo, dada la opinión existente en la curia romana sobre su persona y su actuación.

En realidad, en ese momento, la Iglesia francesa se encontraba en situación anómala y desconcertante. De Gaulle, primer ministro de la Francia liberada y, finalmente, vencedora, había exigido a la Santa Sede la dimisión de treinta obispos juzgados colaboracionistas con el régimen de Vichy y el retiro del nuncio Valeri por el mismo motivo. No resulta difícil recordar la pretensión de Napoleón siglo y medio antes: la dimisión de la jerarquía existente y el nombramiento de una nueva más congenial con el nuevo gobernante. Por otra parte, De Gaulle pidió el nombramiento urgente de un nuevo nuncio, quien como primera misión, dado que era decano del Cuerpo diplomático, tendría que dirigirle las felicitaciones rituales de la Navidad ya próxima. En ese momento de nunciatura vacante el vicedecano era el embajador ruso y De Gaulle no quería que fuera él quien pronunciase esas palabras rituales y simbólicas.

Roncalli, por su parte, había defendido y protegido a los judíos en sus puestos anteriores y esta actividad era conocida y reconocida, en una situación en la que era ya conocido por todo el mundo el genocidio realizado por los nazis.

El nuevo y sorprendente nombramiento fue una decisión personal de Pio XII, a pesar de la conocida opinión desfavorable de Tardini, responsable habitual de estos nombramientos. De hecho, Maritain, embajador francés ante la Santa Sede, escribió a su ministro que Tardini no había ocultado su poca estima por el nuevo nuncio, en parte debido al engaño que Roncalli sufrió, según Tardini, de parte de Von Papen, quien en ese momento también había sido embajador en Turquía. Paradójicamente, será Juan XXIII quien elevará al cardenalato y nombrará Secretario de Estado, es decir, la plenitud de la carrera eclesiástica, a quien, probablemente, nunca le mostró excesivo aprecio hasta ese momento.

El papa al recibir al nuncio Roncalli le recomendó: •Haga todo lo que pueda para salvaguardar los derechos de la Santa Sede en el tema de los obispos acusados. Sin

embargo, haga todo lo posible para conseguir las mejores relaciones con el general De Gaulle».

En una carta a sus familiares más directos Roncalli expresó su desconcierto ante el nombramiento y, al mismo tiempo, su total disponibilidad a lo que le mandasen. Señalaba también su temor a que no pudiese ejercer el ministerio sacerdotal o la pastoral directa, convencido de que una nunciatura tan importante acarrearía mucho papeleo y mil ocupaciones diversas. No olvidemos que, todavía en esos días, Francia seguía siendo el país católico de más prestigio en el ámbito eclesial.

Francia puso a su disposición un avión militar para que pudiera desplazarse a Roma y después a París. El primero de año de 1945 presentó a De Gaulle la felicitación del cuerpo diplomático, salvando así una situación no deseada ni por la Iglesia ni por el Jefe de Gobierno francés.

LOS OBISPOS NO DESEADOS

El objetivo fundamental del primer año parísino fue el cómo afrontar el perentorio rechazo de un gran número de obispos. Naturalmente, a pesar de la aparente semejanza, en nada tenían que ver los años cuarenta con la trágica situación de la Iglesia francesa, tras la revolución sangrienta, en tiempos de Napoleón. Sin embargo, la situación había cambiado, pero, tal vez, no tanto, al menos para De Gaulle. La separación Iglesia- Estado de 1905 en Francia había resultado traumática y la Iglesia francesa no se encontraba con fuerzas suficientes para un nuevo enfrentamiento, por mucha razón que tuviera. Por otra parte, el nuevo Jefe de Gobierno era un católico convencido y practicante, novedad absoluta en la historia reciente del país. Además, quienes más incordiaban y exigían eran también católicos, de la resistencia, nuevo ejemplo de un catolicismo dividido por motivos políticos.

Tardini había dicho al embajador francés al anunciarle el nombre del nuevo nuncio que el papa le había elegido «por su experiencia y por su gran corazón». Durante su pontificado fue este gran corazón el que atrajo y emocionó a las gentes de bien. Probablemente, esta «bonhomía», esta cerca-

nía simple y sincera, este convencimiento de encontrarse ante un buen hombre constituyó, con frecuencia, su gran arma y su indudable atractivo, aunque para algunos esta «bondad» ocultaba una opinión no siempre positiva.

El diario de Roncalli va señalando puntualmente los innumerables encuentros a propósito de este doloroso tema. En el Ministerio de Asuntos Exteriores y en otros círculos políticos predominaban los sentimientos y no siempre las razones fundadas. Algunos de los nombres sonoros y no pocos de los protagonistas del Vaticano II se encontraban en la lista negra: Suhard, Gerlier, Liènart, Feltin, Marmottin... hasta veinticinco obispos. Roncalli afirmó no querer ser el Torquemada de los obispos. Después de meses de encuentros, discusiones, dilaciones...el nunció consiguió que se diluyesen la mayoría de las exigencias. De todas maneras, Roncalli pudo dirigir la difícil transición desde una actitud colaboracionista bastante extendida en el episcopado francés a unas relaciones leales con el nuevo gobierno.

Probablemente una de las razones del desconcierto que en un primer momento causaba y del éxito incluso diplomático que, a menudo, consiguió radicaba en su carácter, tal como él mismo admitió en su «Diario del alma»: «Dejo a todos la sobreabundancia de la astucia y de la llamada destreza diplomática y me acontento con mi bondad y simplicidad de sentimiento, de palabra y de trato. Al final siempre gana quien permanece fiel a la doctrina y a los ejemplos del Señor».

CREATIVIDAD DE LA IGLESIA FRANCESA

Cuando observamos en nuestros días la dolorosa situación de la Iglesia francesa nos resulta difícil identificarla con la potencia intelectual, teológica y espiritual de una Iglesia creativa, original, capaz de encontrar nuevos caminos de pastoral, de diálogo con la cultura, de profundización en los orígenes de nuestra fe, tal como era la Iglesia francesa de los años cuarenta, cincuenta y sesenta.

Nos resulta muy difícil juzgar la actitud de Roncalli ante los avatares de la Iglesia francesa, la condenación de la lla-

mada nueva teología, la dramática prohibición de los sacerdotes obreros y la condena de la obra del P. Teilhard. Probablemente sus iniciativas en estos campos no fueron muchas, pero de lo que sabemos parece que podemos deducir que, en general, participaba de los sentimientos y argumentos que desembocaron en las diversas condenaciones.

En su Diario escribe en diciembre de 1947: «Mi prolongada estancia en Francia me hace cada vez más digno de admiración este gran país, y digna de sincero afecto esta "nobilissimam Gallorum gentem". No obstante, advierto en mi conciencia un contraste que a veces se torna escrúpulo, entre el elogio que incluso me gusta tributar a estos valerosos y amados católicos de Francia, y el deber, que me parece inherente a mi ministerio, de no cubrir por mero cumplimiento o por temor a causar disgusto, la constatación de las deficiencias reales y del verdadero estado de la primogénita de la Iglesia, por lo que se refiere a la práctica religiosa, el disgusto por la cuestión escolar sin resolver, la insuficiencia del clero, la difusión del laicismo, y del comunismo. Mi deber concreto en este punto se reduce a cuestión de forma y medida. De otro modo, el nuncio no es ya digno de ser considerado como ojos y oídos de la Santa Sede, si se limita a elogiar y engrandecer hasta lo que pudiera ser doloroso y grave.»

Mons. Richaud, arzobispo de Burdeos, comunicó al P. Lagrange en una conversación privada que el nuncio Roncalli ni conocía ni amaba las cosas de Francia. Esto, ciertamente, no era verdad, pero, probablemente, el nuncio no juzgó en todo su valor la rica y original aportación de los católicos franceses.

Tres años más tarde, en un viaje a Argelia, escribe: «El viaje a Africa del Norte me ha recordado más al natural el problema de la conversión de los infieles. Ahí reside la vida y la razón de ser de la Iglesia, del sacerdocio, de la auténtica y buena diplomacia: "Da mihi animas, cetera tolle"».

Resulta difícil concebir, a primera vista, que existiese falta de sintonía entre el talante de Roncalli y el de los cardenales dominantes en aquel tiempo en Roma: Ottaviani, Pizzardo, Canali, Piazza, Marella. Cardenales que hoy se nos presentan como poco capaces y poco preparados para llevar

el gobierno de la Iglesia, pero que en aquellos años mantuvieron el sistema de dominio inmisericorde sobre el cuerpo eclesial, sintiéndose guardianes de la verdad y del Espíritu, por encima de todos los obispos.

No consta que Roncalli difiriese del pensamiento ni que juzgase inapropiado el modo de actuar de Pío XII y, en general, de los cardenales que presidían las diversas congregaciones, dada su formación tradicional y su talante conservador. En los apuntes de Congar referentes a sus difíciles relaciones con el Santo Oficio, recientemente publicadas, encontramos alguna mínima referencia al nuncio Roncalli a quien el dominico no encontró personalmente en París: éste pensaba que la palabra «reforma» provocaba dificultad y era la causa del rechazo de su obra «Verdaderas y falsas reformas en la Iglesia». En otro momento, el cardenal Feltin le comenta que el nuncio Marella acoge las denuncias con mayor predisposición que su antecesor (Roncalli)¹.

Sabíamos que el episcopado francés en su conjunto no guardaba un excesiva buena opinión del nuncio Roncalli. No olvidemos que esta nunciatura coincide en el tiempo con la vehemente sospecha de buena parte de la curia romana sobre la fiabilidad y ortodoxia del catolicismo francés. Conocemos la actuación inflexible y dura con los jesuitas y dominicos franceses, las condenas de De Lubac, de Chenu, de Congar, las sospechas sobre algunas novedosas iniciativas pastorales, la aparición de la encíclica «*Humani generis*» que, en realidad, tenía como punto de mira la situación francesa. ¿Cuál era la capacidad de iniciativa del nuncio? Apenas sabemos nada, dada la imposibilidad de utilizar los archivos vaticanos en los que se encuentran las relaciones de Roncalli dirigidas a la Secretaría de Estado, pero ya entonces se comentaba que algunas de las decisiones romanas más importantes fueron tomadas sin que el nuncio fuera consultado ni tomara parte en ellas.

Sin embargo, su concepción de la diplomacia, probablemente, no era la habitual, no tanto en el plano teórico cuanto en el vivencial diario, y probablemente en esta realidad se encuentra la causa de la disparidad de juicios sobre su actua-

¹ Yves Congar, *Journal d'un théologien. 1946-1956* (Paris 2001).

ción diplomática. Acogía y escuchaba a todos, pero esto no indicaba complicidad sino sentido pastoral. ¿Qué quiso decir Feltin? Que acogía las denuncias ¿haciéndolas caso? No parece probable. Su sentido de la autoridad ejercida, práctica, era completamente diferente del que dominaba en las formas del gobierno de la curia romana: «El autoritarismo sofoca la vida, lleva a una disciplina rígida, externa, a organizaciones complicadas y molestas. Paraliza las iniciativas legítimas, no sabe escuchar: confunde la dureza con la firmeza, la inflexibilidad con la dignidad. El paternalismo constituye también una desfiguración de la paternidad. Mantiene a los súbditos bajo tutela con el fin de mantener la superioridad de sus funciones de gobierno: se muestra liberal con algunos, pero no respeta los derechos de los propios subordinados. Habla con tono de protección y no acepta colaboración», escribe en el Diario de un alma. Su gobierno se fundamentaba en el amor paterno y fraterno, en el respeto a los demás, en su concepción de la Iglesia como de una auténtica familia.

Conocemos una situación que puede ayudarnos a comprender el talante de Roncalli. Ante la indignación del gobierno español, Roncalli recibió en la nunciatura a José Antonio Aguirre, jefe del gobierno vasco en el exilio. El embajador español le escribió una carta de protesta poco diplomática y el nuncio le contestó defendiendo su libertad de recibir a todos cuantos pidieran verle. No creo que del hecho se puedan deducir simpatías o connivencia con el gobierno vasco, sino un talante de acogida humana y cristiana a cuantos mostraran deseo de encontrarse con él. Era sacerdote y obispo y no dejaba de serlo por ser nuncio.

Pero, no solo se trataba de sentido pastoral sino de una diversa sensibilidad y de un diferente planteamiento eclesial. Ese Roncalli conservador y concorde en tantas cosas con los cardenales citados estaba convencido de que había que contar con los obispos, que no tenía sentido marcar pautas y llevar adelante programas sin tener en cuenta el parecer de quienes a boca llena eran definidos como sucesores de los apóstoles. Esta diferencia se mostrará decisiva, precisamente, durante la celebración del concilio y explicará la evidente divergencia entre Roncalli papa y los cardenales curiales.

París fue un observatorio privilegiado que completó sus experiencias precedentes: las relaciones con los marxistas, el colonialismo moribundo y la descristianización galopante en uno de los países tradicionalmente más imbuidos de cristianismo. Fue consciente de que se imponía una renovación pastoral radical.

Visitó con frecuencia las diócesis ante el desconcierto e irritación del gobierno francés y, tal vez, de los obispos. La misma Secretaría de Estado se mostró suspicaz y Pío XII llegó a llamarle la atención. En el Ministerio del Interior francés se pensó que el rol religioso del nuncio había eclipsado su rol diplomático. Roncalli, por su parte, pensó siempre que el nuncio hacía presente entre los fieles la figura del papa.

En cualquier caso, en el cónclave de su elección, en el que participaron Tisserant, Liénart, Gerlier, Grente, Roques y Feltin, parece que fue Feltin uno de sus grandes electores. Ya su antecesor Suhard había ido comprendiendo mejor el carácter del nuncio. Después de todo, tal vez, los obispos franceses acabaron por conocerle y comprender mejor el significado de su personalidad y de su actuación.

PATRIARCA DE VENECIA

Sus años venecianos coincidieron con los años de decadencia del pontificado de un Pío XII cada día más anciano, más enfermo y más encerrado en sí mismo. La concentración del poder en sus manos desembocó en una Iglesia paralizada y, en cierto sentido, enclaustrada en un gueto de autocomplacencia. Bajo la capa de admiración y veneración al pontificado se escondía una arterioesclerosis agravada por el dominio de la mentalidad cultural y religiosa italiana en una Iglesia cada vez más plural y universal.

Roncalli fue su sucesor, sutil sucesor de un hombre a quien admiraba, a quien estaba agradecido, pero que, al ocupar su puesto, desarrolló una personalidad y un talante tan diverso que modificó radicalmente los usos y costumbres del pontificado anterior.

Se desconocen las causas del nuevo nombramiento. ¿Necesidad de cambiar el titular de la nunciatura de París? ¿Búsqueda de una personalidad más dúctil y más acogedora para una diócesis que necesitaba un trato más pastoral y un obispo más cercano? Una vez más, la forma actual de la elección de los obispos que no tiene en cuenta la opinión y, a veces, las necesidades reales de las diócesis concretas, sino las complejas relaciones de los intereses personales, impide conocer el porqué de este nombramiento a una edad avanzada para una diócesis prestigiosa aunque no especialmente complicada. De hecho, Venecia contaba en 1953 con 360.000 almas, 94 parroquias, 241 sacerdotes diocesanos, 301 regulares, 30 seminaristas, mientras que en 1958 las almas eran 453.000, las parroquias 113, los sacerdotes diocesanos 231, los regulares 300, los seminaristas 59.

Fue nombrado obispo de Venecia a los setenta y dos años y aceptó su nombramiento con serenidad y disponibilidad: «Es curioso que la Providencia me haya devuelto al lugar donde mi vocación sacerdotal dio los primeros pasos, es decir, al servicio pastoral. Ahora me encuentro en pleno ministerio directo de las almas. En realidad, siempre he pensado que para un eclesiástico la diplomacia como tal debe ir empapada de espíritu pastoral; de lo contrario, no vale nada y lleva al ridículo una misión santa».

Al llegar a la ciudad de la laguna, la Iglesia italiana experimentaba tres problemas emergentes: el aplastamiento sistemático de la autonomía política de los ciudadanos católicos, la prepotencia inmisericorde del integrismo eclesial y la presencia invasora del P. Lombardi con su movimiento por un mundo mejor, no muy bien visto por los obispos vénetos, pero respaldado y protegido por Pío XII.

Roncalli manifiesta en su pontificado véneto una actitud más prudente en relación con la política italiana, menos identificada con un partido y con unos planteamientos políticos determinados, más dispuesto a que fueran los mismos ciudadanos quienes dirigiesen su orientación política. No se puede pretender un cambio de rumbo en una Iglesia como la italiana que en este tema era dirigida directa y estrechamente por la Secretaría de Estado, pero no cabe duda de que Roncalli demuestra un talante diverso.

Tras el nombramiento de Montini como arzobispo de Milán, nombramiento que había supuesto la victoria del ala más conservadora de la Curia, el patriarca estrechó los lazos de amistad y concordia con quien, de hecho, había perdido la partida romana. Roncalli y Montini se trataban familiarmente, se tuteaban y cuando se reunían en sus respectivas casas familiares, tanto en Bérgamo como en Brescia, hablaban en dialecto. Resulta, sin duda, una situación atrayente: dos personas de configuración psicológica muy distinta, mal vistas por los ambientes curiales, que se estiman mutuamente y que llegarán a ser papas. Es histórica la escena siguiente: cuando el recién proclamado cardenal Montini acude al palacio apostólico a ofrecer sus respetos al papa y pretende arrodillarse al encontrarle, Juan XXIII le dice: «Excelencia, ambos sabemos que si Ud. hubiera sido cardenal antes del cónclave, hoy Ud. vestiría de blanco y yo de púrpura». Extraordinaria muestra de sencillez, de normalidad y de humildad, pero, también, de conversaciones y complicidades previas.

Con Lombardi no congenió e hizo saber a Pío XII con sencillez que algunas de líneas de acción del jesuita provocaban perplejidad en el Véneto. No recibió contestación de Roma, pero da la impresión de que sus palabras fueron acogidas.

En esos años, al integrismo tradicionalmente dominante en el mundo clerical romano se contrapuso un antiintegrismo emergente, oculto pero difuso, que difícilmente soportaba unas formas de gobierno intolerante y prepotente. Se trató de un proceso oculto pero muy presente en diferentes ámbitos eclesiales, que se precipitó a la superficie apenas Juan XXIII mostró su manera de ser y de actuar. En efecto, Roncalli confiaba más en la palabra que en los decretos, en el diálogo que en la imposición. Escribe en los ejercicios espirituales de 1955: «De mi pastoral –y ésa es ahora mi vida–, ¿qué decir? Estoy contento, porque en verdad me proporciona grandes consuelos. No necesito emplear formas duras para mantener el orden. La bondad atenta, paciente y generosa llega mucho más lejos y más rápidamente que el rigor y el látigo. Y no sufro decepciones ni dudas en este punto». ¿Cómo no pensar en su ulterior gobierno de la Iglesia?

Apenas había tomado posesión de su diócesis pidió a Roma un obispo auxiliar y envió, como de costumbre, un terna de nombres. Con gran sorpresa suya, el obispo auxiliar llegó muy pronto, pero no era ninguno de los tres presentados por él. Una vez más, llama la atención el poco respeto sentido por la curia romana por la persona de Roncalli. Éste, siguiendo su opción de vida y de comportamiento, agradeció el nombramiento al cardenal prefecto de la Congregación de obispos con la expresión de la «Imitación de Cristo» de que era mejor seguir la voluntad de los demás que la de uno mismo.

Roncalli pensaba que Roma, a menudo, actuaba sin las informaciones adecuadas. Tuvo esta experiencia como nuncio y como obispo residencial. Esta vivencia personal influyó indudablemente en su actuación como obispo de Roma y pontífice universal. Parecía que, finalmente, en Venecia podría dedicarse a la pura pastoral, añoranza presente en todos sus años dedicados a la diplomacia, aunque de pocos nuncios se podrá afirmar con tanta verdad que su actividad diplomática tuvo siempre presente el horizonte pastoral. En su actuación episcopal demostró en todo momento una actitud más positiva y menos polémica de lo que era habitual en el episcopado italiano del momento. En más de una ocasión declara que prefería el tiempo presente al tiempo pasado, actitud de realismo y de servicio atento y dedicado al signo de los tiempos. Esto explica el despacho de un diplomático francés destinado a Roma en 1955: «Entre los papables Roncalli es cómodo para los integristas, tranquilizador para los indecisos y para los conciliadores».

A finales de 1957 Pío XII pensó en él para que dirigiese la importante Congregación romana de los obispos, que entonces se llamaba Consistorial. Roncalli escribió una carta muy suya en la cual, sin negarse de manera radical, explicaba por qué deseaba permanecer en Venecia. Pío XII aceptó sus argumentos y nombró a otro cardenal. Unos meses más tarde, Roncalli no puso ningún inconveniente para quedarse definitivamente en Roma.

En 1954, el Patriarca de Venecia visitó España con el objetivo de visitar Santiago de Compostela. No fue un viaje oficial, ni tuvo en su preparación connotaciones eclesiales. Las autoridades españolas seguían juzgando negativamente

su estancia parísina, pero no hubo ocasión de entrevistas ni encuentros. En este viaje se unieron razones de amistad con el deseo de peregrinar a un santuario religioso muy conocido, cuyas huellas había encontrado con frecuencia en sus recorridos franceses. Una vez más, se manifestó en este viaje su cercanía humana y su sentido religioso.

Prof. Dr. JUAN MARÍA LABOA
Universidad Pontificia de Comillas